

*El huésped*, a nuestro juicio, es una magnífica novela, merecidamente premiada en la Argentina por una prestigiosa editorial. Es el mejor galardón que puede exhibir la autora como garantía de su valor estético y humano.

GONZALO DRAGO

<https://doi.org/10.29393/At417-59HCFS10059>

*Huellas en la ciudad*, de MAITÉ ALLAMAND. Editorial del Pacífico, Santiago, 1966.

Un nuevo libro de Maité Allamand. Tendré que repetir lo que ya he dicho al referirme a *Parvas viejas*, *Renovales*, *El funeral del Diablo*: Maité Allamand es una gran escritora, lo mismo en Chile como en cualquier país de vieja civilización. Nació con el don de observar la vida con sencillez, profundidad, y un verismo elegante que la aproxima a nuestro espíritu como persona que convive nuestro ambiente desde toda la vida, en la ciudad, en el campo, en el mundo de la fantasía. Al leer sus relatos no se puede dudar de que revive imágenes reales, auténticas, reproducidas en su laboratorio mental sin propósitos de espectacularidad. Maité Allamand piensa, siente, sueña sin que se advierta en ella un influjo libresco o personal de ninguna especie. Es virginalmente única y como Dios la echó al mundo. A esta particularidad se debe que haya creado en sus primeros libros, tipos humanos que no tienen parecido con ningún personaje de escritores nacionales o extranjeros. Así, por ejemplo, tengo en recuerdo a pesar del tiempo en que leí *Parvas viejas* un tipo de hombre del pueblo, un "afuerino" vagabundo, ingenuamente clínico, que se aprovecha del interés que despierta en dos mujeres del pueblo para dejarse querer por ambas sin el menor escrúpulo ni remordimiento. Ese tipo de roto existe y lo podríamos encontrar en la guerra ofreciendo su vida sin ninguna preocupación, trabajando como animal cuando encuentra trabajo, o viviendo a salta la mata, bajo la lluvia, el viento, o en un cuarto nauseabundo junto a una mujer borracha. Maité Allamand ha descrito esa clase de hombres y mujeres de nuestro pueblo y los ha clavado vivos en las páginas de sus libros. ¿Dónde los ha visto? ¿Cuándo ha podido verlos tan de cerca para describirlos con detalles tan minuciosos y tremendos? Sólo en otra mujer chilena hemos admirado una sensibilidad parecida y que haga pensar en el maravilloso invento de las grabadoras de radiovisión: Marta Brunet. Ambas novelistas pertenecientes a la clase burguesa y con una educación de princesas, describen las costumbres de los bajos fondos con veracidad impresionante.

En *Huellas en la ciudad* Maité Allamand está un poco más cerca del ambiente que conoció en su infancia. Gente culta que algún día tuvo fortuna y que en el tiempo pasó a formar parte de los "venidos a menos". Quizás en esta novela Maité no exhiba la fuerza y el colorido que seguramente le proporcionó la gente del pueblo; pero no puede decirse que su poder de evocación ha disminuido. Las impresiones de la joven empleada de una oficina

importante de Santiago (Santiago-Capital, como dice la memorialista), en un diario de vida, son de un verismo tan fuerte en su género como son las páginas del cuento "Por las tres leyes" de *Parvas viejas*.

La autora describe sus viajes cotidianos en tranvía en una época en que no se conocían los microbuses, las liebres y otros vehículos que convierten la gran ciudad en infierno intolerable. ¡Qué monotonía para la joven empleada en sus cuatro viajes al día con lluvia, viento y granizo, a fin de mantener su familia! No tiene siquiera otra alma que la acompañe. "—Señor, estoy sola, sola exclama. Tú que sabes de soledad, ten compasión de mí. Nadie va a tomarme sorpresivamente el brazo y a decirme, con mal disimulada ansiedad: —Eres tú, tú, eres tú... Nadie. Y como no existo para nadie casi no existo ya para mí misma".

Es el drama recóndito de las jovencitas pobres que deben conservar el prestigio de su antes encumbrada familia. Menos mal que ella posee una imaginación despierta, capaz de construir toda clase de ingenuas y fantásticas novelarías. Ahí está ese muchacho de apariencia modesta a quien encuentra todos los días en el estrepitoso e indiferente tranvía y que le merece innúmeras observaciones inspectivas. El nunca le habla ni ella ofrece ocasión de entendimiento. Sin embargo, le preocupa. "Lunes", no he visto al "Homme" (así lo llama por no conocer su nombre). "Viernes". Hace por lo menos una semana que no lo veo. Viaja, quizás o está enfermo. O ambas cosas a la vez. "Lunes". Estoy furiosa, avergonzada de mí misma. El tranvía no quiso detenerse a mi señal. El "Homme" estaba en la plataforma trasera. Lo vi colgarse con violencia del cordón de la campanilla, mientras me miraba con su mirada triste y lejana. Corrí tras el desafortunado vehículo. Perdí un guante, siempre el derecho. Me torcí un tobillo. Pero supe que el "Homme" no se había ido, o que volvió, y que no ha muerto de su enfermedad. ¡Ah...! "Muchos días después". Veo al "Homme" casi todos los días. Esta mañana me cedió su asiento en el tranvía repleto de gente, con una sonrisa enigmática. Lleva un traje muy viejo, raído, que ya se rompe en los codos y en el borde de las mangas. Una camisa pobre pero de consoladora blancura. Me gustaría oírlo hablar. Nunca estuvo de pie, a mi lado. Un botón de su chaqueta estaba a punto de soltarse, sujeto apenas por una hebra de hilo. ¿Quién enhebrará la aguja para él...? "En el fondo, me encanta ignorarlo todo de él, hasta su nombre. Pero ¿cómo saberlo?".

Son observaciones en apariencia pueriles pero henchidas de profunda sustancia de vida. "Me encanta ignorarlo todo, hasta su nombre —exclama—, ¿pero cómo saberlo?". Ya lo he dicho. Es el drama enternecedor de gran número de jóvenes que caminan anhelantes sin saberlo en busca de inefable compañía que dé sentido a sus vidas. No es sólo el instinto. Detrás de ese impulso hay muchas cosas más. El hogar, una misión que llene la vida y le dé objeto noble. Para la mujer sin fortuna se presenta un cuadro desolador, monótono, vacío, por lo menos en nuestro país en donde la mujer está enclaustrada en un mundo de prejuicios.

Pero volvamos a nuestra encantadora y sincera memorialista. Nos describe la tragedia de los zapatos. "Martes". Al fin voy a comprar un par de

zapatos. Era tiempo. Los viejos ya se rompen. Una semana de espera, hasta que me paguen el sueldo. Miro las vitrinas con singular avidez. Acabo de tomar esa resolución y mantendré mi voluntad, pese a quien pese. (Ese quien es naturalmente mi bolsillo...). "Jueves". ¡Maravilla! caminar con zapatos así, es casi como tener un poco de automóvil en cada pie... Es sentirse liviana, inmaterial incansable... "Lunes". Saliendo del trabajo fui a mirar los precios. Quedé estupefacta. Vi un resplandor de burla en los ojos del vendedor. Es triste no tener dinero. En resumen, mis zapatos maravillosos son terriblemente caros. Jamás lo hubiera creído. Menos mal que caminando con agilidad, ahorraré el dinero del tranvía... Pero, si no tomo el tranvía, ¿cuándo iré a ver al "Homme"...? Varias semanas después. Mis zapatos nuevos ya están viejos. Ni tienen suela de goma ni fueron blancos como los soñara. Al fin y al cabo no valgo por el calzado que llevo. Pero son cómodos mis viejos zapatos nuevos... Con ellos puedo caminar lejos, lejos hacia donde quiera llegar. Paciencia".

Esta es la imagen de la muchacha que Maité Allamand presenta en *Huellas en la ciudad*. Creo haber dado una impresión del estilo de esta novelista de penetrante observación vital, fina, sutil y profundamente humana. Pero hay que leerla hasta el final para apreciar su noble y sereno espíritu, su manera modesta y a la vez altiva para apreciar la vida.

Sus nuevos zapatos no llevaron a la joven memorialista hasta el "Homme", ni hacia otros que encontró en su ambular por el mundo. Pero un traje prestado por una amiga rica la condujo como el cuento de Cinderella, o la Cenicienta en lenguaje nuestro, a un baile en el que encuentra al hacendado rico, de prejuiciada casta social, sencillo. ¡Acaso demasiado sencillo!, que desea llevarla hasta el altar. Pero un matrimonio opulento suele no ser el mejor camino de la felicidad. Eso no lo sabía ella; pero la realidad le enseñará muchas cosas... No he de relatar todas sus peripecias para dejar despierta la curiosidad de los futuros lectores de *Huellas en la ciudad*. En vano pretenderá llenar con fantasía los vacíos y decepcionantes sorpresas que le proporciona el diario vivir. Sólo diré que la joven memorialista mereció recibir el obsequio de la estupenda esmeralda que le ofreció su futura suegra como regalo de bodas. Una mujer de carácter, inteligente, desinteresada, bondadosa y altiva en los momentos en que es preciso defender la dignidad y el corazón ofendidos, merece eso y mucho más.

FERNANDO SANTIVÁN

*El Conde de la Conquista*, de JAIME EYZAGUIRRE. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1966.

Se ha reeditado este estudio biográfico del historiador Jaime Eyzaguirre, sobre un personaje de actuación destacada en un momento crucial de la historia patria. El Conde de la Conquista, o sea don Mateo de Toro y Zambrano, fuera de haber sido una figura rodeada del respeto de sus compatrio-